

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 14 diciembre 2011**

*Texto de referencia: El sentido religioso, capítulo XIII, Encuentro, Madrid 2008, pp.
181 -189.*

- *Amare Ancora*
- *Favola*

En estos dos cantos se resume todo lo que vamos a decir hoy en la Escuela de comunidad: todo es dado, bastaría volver a ser como niños para reconocer que todo es dado. Pero muchas veces, cuando el camino se hace arduo, tenemos miedo, y entonces, si no hay alguien que nos acompaña, si nos falta la certeza de que hay Alguien con nosotros, que no nos dejará nunca, que vence el temor, entonces nos paramos. Lo vemos, a veces, a propósito de la experiencia del riesgo de la que habla don Giussani. Una de vosotros pregunta: «No me resulta muy clara la experiencia del riesgo. Es más, recuerdo algunos episodios, como la muerte de mi madre o la vocación, que eran totalmente apremiantes y urgentes por el significado que traían a mi vida; si, tenía miedo de mirarlos a la cara, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que no me podía echar para atrás, pues en caso de hacerlo no habría dado un paso, y esas cuestiones terminaban saliendo a la luz de una forma u otra. Hoy dice esto la Escuela de comunidad: "Cuanto más afecta una cosa al significado de la vida, más posible es que se produzca en nosotros el miedo a afirmarla"». ¿Por qué tenemos este miedo a afirmarla? Porque, cuanto más afecta al significado de la vida, tanto más desafiada se ve nuestra libertad. Todos comprendemos el alcance de lo que es interesante para la vida. Si a uno se le cae un céntimo, casi ni se agacha para recogerlo; pero si se trata de un millón de euros, ¡vaya que si se agacha! Si lo que tiene que decidir es qué tipo de pasta echar al agua, bueno; pero si tiene que decidir si se casa o no, se siente desafiado, y percibe todo el riesgo que entraña la decisión; no es que no quiera a la persona amada, pero se da cuenta de que ahí está en juego algo tan decisivo para la vida que no puede evitar temblar ante esta decisión. Cuanto más importante es el asunto, más percibe uno el riesgo que debe correr. Por tanto, la cuestión es cómo ayudarnos a vivir estos momentos de modo que la libertad pueda adherirse en cualquier circunstancia. ¿Cómo educamos nuestra libertad en este sentido?

Quería hacerte una pregunta sobre la aceptación de la que habla la Escuela de comunidad, cuando dice que es el abrazo consciente de lo que me sale al encuentro, porque a mí esta cuestión de la aceptación me produce un cierto problema, me molesta un poco. Instintivamente, la aceptación es para mí la resignación ante una circunstancia. Y si pienso en algunas circunstancias de mi vida, me digo: no quiero esta resignación. Me gustaría comprender el contenido de la aceptación, y qué valor tiene para la vida.

Pero cuando tú dices que es resignación, ¿qué juicio estás dando sobre la circunstancia?

Que es una circunstancia que yo no quiero, que no quiero afrontar, que no me va bien, que quiero que cambie, que se convierta en otra cosa.

Tal como lo dices, es difícil que alguien, delante de algo así, quiera abrazarlo...

Diría que sí.

En estos últimos tiempos, te he escuchado repetir en distintas ocasiones una frase de Jesús que me ha acompañado continuamente en este último mes. Pero en la última Escuela de comunidad me deslumbró completamente: «No os alegréis porque os obedecen los demonios, sino porque vuestros nombres están escritos en el Cielo. No os alegréis por el éxito, porque no os basta, es poco para vuestra alma; alegraos porque os he elegido». En la última Escuela de comunidad, como una gracia, no la he escuchado como lo había hecho antes, es decir, como un reproche, sino como una frase llena de ternura, y me he dado cuenta de que yo, cuando escucho una frase así, no como un reproche sino como un gesto de ternura hacia mi persona, supone para mí la experiencia de la libertad. Porque es como descubrirme a mí misma, descubrir que lo que yo soy es algo positivo, mientras que habitualmente pienso siempre en mí como algo que no funciona. Y aquí he comprendido que en esto consiste ampliar la razón; porque me doy cuenta de que corro el riesgo de escuchar siempre estas frases como algo un poco devoto, como algo confiado a mi moralismo. En cambio, me ha impresionado porque la ternura que me ha producido escucharte repetir esa frase me ha permitido comprender que cuando caigo en la cuenta de mí misma así, entonces me descubro atenta y deseosa de acoger lo que existe, me descubro positiva como punto de partida delante de la realidad, y siento que todo es una compañía que me dice: «¡Salta!» (por atenerme al ejemplo que pone don Giussani de la montaña). Para mí esto es la educación, una autoridad que me dice con ternura: «No te alegres porque te obedecen los demonios, sino porque has sido aferrada».

Sería suficiente con esto para volver a casa: poder recibir la gracia de escuchar esa frase con toda la novedad que conlleva. Porque es así, como lo ha descrito ella: «Alegraos no por el éxito misionero que habéis tenido. Alegraos ante todo por el hecho de que habéis sido elegidos por Mí». Pero alguien que te habla así, que se anticipa a la desilusión que vendrá el día después del éxito (si es que no ha venido el instante después), te está liberando de ella. Que nosotros hayamos percibido esto muchas veces como un reproche quiere decir que reducimos con frecuencia el Evangelio a indicaciones moralistas que no son nunca capaces de percibir la sustancia de lo que existe. Ha sido suficiente con uno que lo haya percibido un instante por lo que es, según toda la ternura que Jesús, al hablar así, experimenta por Sus amigos, para sentir la experiencia de la libertad. Y yo, ¿por qué la repito? Porque primero sucede y luego la repites. Primero te das cuenta del valor que tiene, y luego quieres comunicar a tus amigos la misma experiencia de libertad, porque de otro modo no nos damos cuenta de qué es la libertad. Entonces uno se descubre a sí mismo, como dice ella: soy algo positivo, estar hecha así no es una desgracia (porque ni siquiera el éxito podrá llenarme, porque yo estoy deseosa de algo tan grande que ni siquiera el éxito puede bastarme). No es una desgracia, porque Jesús no me deja ahí, me dice soy mucho más, mucho más que el éxito: he sido elegida por Él. ¡Pero muchas veces parece no interesarnos nada haber sido elegidos! Parece que

para responder a nuestra necesidad es más decisivo tener éxito que el hecho de haber sido elegidos en ese encuentro que nos ha permitido descubrir una experiencia de la vida infinitamente más grande, más fuerte. Sólo una experiencia así nos permite comprender qué quiere decir ampliar la razón (que no es una frase de una clase de filosofía), es decir, qué quiere decir descubrir la experiencia de la libertad. Porque la libertad es esta coincidencia con uno mismo, es la experiencia de satisfacción que sucede en la vida cuando uno se da cuenta de esto. Entonces es como si la compañía te dijera que saltases: puedes vivir la experiencia del riesgo. En esto consiste el valor de la autoridad: alguien –en primer lugar don Giussani– se nos da para hacernos comprender cuál es el significado de esto, y llega a ser cada vez más autoridad justamente porque te hace percibir una experiencia de la realidad a la que tú no habrías llegado ni en sueños. Y desde entonces, no puedes dejar de repetirlo, porque el hecho que sucede te permite tener una mirada distinta sobre todas las cosas. Se podrían poner un montón de ejemplos, pero os cuento una cosa que me pasó la semana pasada durante los Ejercicios de los universitarios en Rimini: es el caso de un chaval –del que había leído una carta– que tiene una enfermedad degenerativa (la tenía su madre, y murió). Es impresionante ver cómo está este chico ante su enfermedad. ¿Qué podríamos decirle que no suene como un simple consuelo? ¿Qué es la libertad para uno que ve cómo se deteriora su vida? Y me preguntaba: «Pero, ¿qué pasa con mis proyectos de la universidad, con todo lo que estoy estudiando?». Yo le dije: «Pero tú, ¿tienes algo que hacer en tu vida que sea más interesante que decir "sí"? Podrías pensar: "Lo dice para consolarme". Pero, ¿por qué debería hacerlo? ¿Se trata de una consolación barata porque estás enfermo, o tú crees que la Virgen, que no estaba enferma, tenía otra cosa mejor que hacer que decir "sí"? ¿Existe otro proyecto en el mundo más decisivo que tu propio "sí"? ¿Existe una experiencia de libertad mayor que ésta?». Decidme si hay algo más adecuado, más correspondiente, más verdadero –no más consolador, más adecuado, más correspondiente y más verdadero– que el designio de Dios sobre cada uno de nosotros, que decir "sí" a ese designio. Pero para poder decir que sí con esta libertad hace falta que uno haya comprendido que ya ha ganado el premio, el tesoro, por el hecho de haber sido elegido; en caso contrario, ninguna explicación, ningún moralismo podrá ayudar a la persona a partir desde una premisa positiva. Pero, ¿qué quiere decir esto? No debemos olvidarlo tampoco al final del libro: estamos haciendo un trabajo sobre *El sentido religioso* como verificación de la fe. No estamos trabajando *El sentido religioso* para ver si somos libres o no, sino como verificación de la fe. ¿Nos ha sucedido algo que nos permite este tipo de libertad para afrontar cualquier circunstancia o no? Porque ésta es la experiencia de la que parte Jesús para afrontar cualquier circunstancia, para mirar incluso el éxito de los discípulos; pero sin esta mirada de Jesús, nosotros no podríamos ni soñar esta libertad, aunque tengamos ante nosotros todas las posibilidades.

Partiendo de lo que se había dicho en la segunda intervención de la última escuela, escribí a un amigo mío –teniendo en la cabeza esa intervención que me había impresionado– diciéndole que el núcleo de la relación con él había cambiado un poco, veía que ya no era la afirmación de mí misma... Os leo un fragmento de lo que le escribí: «No podría retroceder con respecto esta posición, pues este hecho, dentro de

mi persona, se ha consolidado, y esto me asombra, porque no es producto de mi capacidad y no me pertenece, aunque constituye la verdad de mí misma, es un don que se me ofrece, totalmente intrínseco y connatural a mi "yo"». Me volvía a impresionar este hecho cuando escribía, y me daba cuenta de que tenía necesidad de comunicárselo. Con respecto al trabajo que estamos haciendo hoy, me doy cuenta de que la naturaleza de mi persona, de mi razón, es intrínsecamente relacional. Por otro lado, en las relaciones, sobre todo en las relaciones de trabajo, con respecto a lo que decías sobre el riesgo, a veces percibo que la comunidad, en vez de ser la posibilidad de ser acompañada si tengo miedo, es un punto de resistencia en el juicio, como si mi persona no pudiese expresarse según la experiencia que ha hecho del "sí". Otras ocasiones, los juicios de las personas (también a veces los de personas que me conocen desde hace mucho) me parecen un poco superficiales, y aquí experimento esa tristeza de la que se hablaba hace algún tiempo; espero que sea la tristeza buena, porque yo deseo a Jesús. ¿Cuál es tu dificultad? ¿Que en ciertos momentos, como ante la experiencia del riesgo, tú no te sientes acompañada?

Sí.

En este punto, cada uno de nosotros debe reconocer cuál es la compañía que le permite entrar en la realidad, entrar en cualquier oscuridad; porque si es una compañía superficial, al final no es capaz de acompañarnos hasta el fondo. Por eso cada uno debe juzgar y encontrar ese lugar, esa presencia que le puede acompañar verdaderamente. Porque sólo quien ha entrado ya en esa oscuridad no tiene miedo de ella.

Sólo quería dar testimonio de lo que estamos diciendo. Lo más interesante que me ha sucedido en los últimos años es algo que todavía hoy no consigo aceptar hasta el fondo, aunque pueda parecer una frase fuerte: a medida que camino en la vida, más cuenta me doy de que no dependo de mí misma. La mayor revolución que me ha sucedido en la vida ha sido darme cuenta, partiendo de un proyecto, de un sueño que tenía desde los diez años, de que yo no hago la realidad, es más, de que la realidad me educa. Esta conciencia se ha desarrollado en una dinámica humana, en una relación de amistad: alguien que te llama. Esta noche hablábamos de que somos llamados. Decimos que somos llamados –la misma palabra Cristo significa "ungido", y por tanto elegido–, pero, ¿de qué forma soy elegido en lo cotidiano? Ante todo, doy gracias a Dios por estar aquí, por ser capaz de comunicarme con vosotros, porque hay un montón de gente en esta tierra que no puede hacerlo. Lo segundo que quería decir es que la unidad en lo cotidiano nace cuando te das cuenta de que hay una realidad que te llama continuamente. He dudado hasta el último momento si intervenir o no, pero luego me he fiado y he dicho: «Veamos qué sucede». Una de las canciones que hemos cantado al principio, Favola, la utilizó mi madre como "testamento". Un día me dijo: «Cuando algún día yo falte, esta será la forma de estar cerca de ti», y muy probablemente nos está escuchando en este momento. ¿Cuál es la belleza que he descubierto? Que Dios existe y me ama a través de la realidad. Dentro de poco es Navidad. Hasta que no me di cuenta de esa revolución, la costumbre se comía lentamente la belleza de las cosas. Cuando era pequeño todo era precioso, pero esto iba decayendo poco a poco (digo que es precioso, pero enseguida me llena el aburrimiento). Ahora se ha vuelto de nuevo

precioso porque existe esta unidad que se manifiesta en lo cotidiano, porque me doy cuenta de que la realidad es un don que me sale al encuentro continuamente. Pienso en el ejemplo del regalo: alguien que prepara el papel, el lazo, que va a buscarlo, que lo paga, y que luego llega y te dice: «Toma, es para ti». Por lo que he entendido, el buen Dios nos regala la realidad. Esta noche, este lugar es el paquete que ha preparado para nosotros, el rostro del que está a tu lado, cuando luego vayamos a buscar el coche para volver a casa. Esta es la realidad que nos da, y si tu entrevés en esta realidad alguien que te llama continuamente, alguien del que tú te fías porque te ha demostrado que te ama, comprendes que la costumbre no vence, y puedes así vencer cualquier miedo.

Gracias.

Me impresiona el hecho de que la experiencia de haber sido elegida crece cada vez más. Y digo esto después de la circunstancia que he vivido, en la que pienso que he experimentado la experiencia del riesgo: cuando he repartido el manifiesto sobre la crisis. Porque yo tenía las razones por las que juntarme con otras personas, por las que proponer un juicio distinto, tenía también el deseo de hacerlo porque sabía que sería un bien para mí, pero me he visto en una circunstancia en la que no he tenido ni la libertad ni la voluntad de hacerlo. Tenía todas las razones, estaba convencida de ello, pero surgió en mí la división. En ese momento entendí que una división tan fuerte sólo se produce ante algo concreto. Mientras hablo del juicio entre nosotros, no vivo el riesgo, no me doy cuenta de que estoy dividida; pero si tengo que contárselo a alguien, públicamente, entonces se desvela, a mí en primer lugar, el punto en que me hallo. Sin embargo, esta constatación no me ha bloqueado, sino que me ha vuelto a poner en movimiento agradecida de que exista una compañía como la nuestra, porque aunque yo esté dividida, existe un lugar al que le importa la totalidad de mi persona, que me educa, es decir, que pone ante mí un camino que yo puedo seguir. Me ha impresionado mucho que la experiencia de haber sido elegida, y por tanto esta ternura, la he percibido simplemente realizando un gesto como éste, dándome cuenta del punto en el que estoy y percibiendo así que hay algo más grande que abraza este punto tan pequeño.

Gracias. A veces nos preguntamos: ¿cómo se educa esta libertad? Ella hacía referencia al gesto del manifiesto sobre la crisis. Esta es la genialidad de don Giussani, que para educarnos siempre nos ha propuesto gestos. Lo que educa es el gesto, porque –como ha explicado ella perfectamente– podemos tener las razones, pero sólo cuando corremos el riesgo de ponernos públicamente delante de todos, percibimos esa división. Me parece importante subrayar esto: ¿cómo nos educamos constantemente en la libertad? A través de los gestos, porque el gesto es una modalidad natural que nos llama, que nos provoca; y como muchas veces nosotros solos no respondemos, nuestra compañía propone un gesto en el que todos somos provocados; y podemos hacerlo juntos para poder descubrir y después vencer esa división, y para que se exprese nuestra persona haciéndolo juntos. Por eso me asombra lo que dice ella, que muchas veces vence en nosotros ese malestar por lo que todavía no existe; en cambio ella nos testimonia que ver esa división le llena de agradecimiento por saber que existe un lugar, que existe una compañía como la

nuestra donde esta división es constantemente superada y vencida. Entonces, ¿qué dice este hecho de nuestra compañía? Recuerdo la frase de don Giussani en *Los orígenes de la pretensión cristiana*: «Sólo lo divino puede "salvar" al hombre», las dimensiones de lo humano. Por tanto, ¿de qué naturaleza es un lugar que salva constantemente las dimensiones de lo humano? ¿Cuál es la naturaleza de esta compañía en la que constantemente podemos redescubrir nuestra vida, donde nuestro "yo" es desvelado, donde se amplía nuestra razón? Esto habla de la naturaleza de ese lugar, en el que empezamos a ver que se vence la separación entre la razón y el afecto. Quería leeros una carta relacionada con esto: «La frase que más me ha impresionado del capítulo es la que dice: "La educación de la libertad debe ser una educación en elegir la positividad como punto de partida". Nos sugerías que identificáramos las dificultades que percibimos en nosotros. Mi dificultad es ésta: veo que lo que sucede es signo, no tengo dificultad en percibir ese umbral del misterio hacia el que me empuja la realidad, pero a pesar de esto me veo muchas veces paralizada, como el pequeño Giussani en la montaña. Es como si no estuviese todavía segura de la positividad última de la realidad. Me ha impresionado mucho el hecho de que ante el mismo asunto, ante el mismo desgarró, ante el mismo dilema misterioso, para ti el sacrificio existe, pero no es un obstáculo. Para mí en cambio es tan engorroso que me paraliza y me consume. Yo deseo para mí esa libertad de una mirada siempre atraída por la hipótesis positiva delante de lo imprevisto, delante de la objeción, de la muerte. ¿Qué es lo que permite ser atraídos por esta positividad?». Sin esta positividad uno no entra la realidad, se queda paralizado. Don Giussani nos dice que se trata del fenómeno comunitario, que es como el niño, que en compañía de su madre puede entrar en cualquier habitación oscura. Para nosotros la cuestión es cómo crece en nosotros la conciencia de un lugar donde constantemente nuestra vida es acompañada –lo que decía la última intervención–. Pero hay algo que me impresiona, lo repetimos ya cuando tratamos de este capítulo en los Ejercicios de la Fraternidad: necesitamos una presencia capaz de vencer esta fractura, esta división entre la razón y el afecto, es decir una presencia –decíamos– a la que me pegue tanto que pueda hacer posible para mí vencer esta fractura. Pero don Giussani dice que cuando las cosas se vuelven verdaderamente complicadas, cuando la vida nos empuja más allá de nuestras previsiones, tampoco esto basta. Cito a don Giussani en *Si può (veramente?) vivere così?*, en la página 106: «La gracia. Sólo ella cumple lo que, en un momento dado, la compañía no llega a cumplir y lo que el gran hombre no ha podido cumplir». Está hablando de los discípulos. Cuando llegó la Pasión, los discípulos huyeron todos, y no es que no estuviese allí la presencia de Jesús. Pero fue necesario esperar la potencia del Espíritu para vencer esta división última. En efecto, fue la gracia del Espíritu lo que hizo que los discípulos pudiesen ser libres, públicamente, delante de todos y sin miedo. Por eso decía san Pablo que nadie puede decir que Jesús es Señor, es decir, confesar a Jesús con toda su energía y en toda su verdad, más que bajo la acción del Espíritu Santo. ¿Y cómo actúa este Espíritu Santo entre nosotros? Este Espíritu Santo es para nosotros la gracia del carisma, y sólo viviendo en un lugar así nosotros podemos dar el último paso. Cuando debemos afrontar estas cuestiones siempre pienso en Jesús. ¿Qué es lo que Le permitió un punto de partida positivo incluso ante el desafío más grande que puede tener un hombre, es decir

la pasión y la muerte? ¿Qué fue? Únicamente la relación con el Padre, una relación que es más poderosa que cualquier desafío, que cualquier dolor, porque al final todos Le abandonaron. Esta es la cuestión decisiva de nuestra vida: verificar si para nosotros la fe es una experiencia presente, confirmada por ella, que hace brotar cada vez más una relación con el Padre que nos permite entrar en cualquier circunstancia en la compañía de Cristo. Porque la posibilidad de este punto de partida positivo se encuentra ahí, en el misterio último de la realidad que para nosotros se ha desvelado en un rostro que se llama Cristo; en Él nosotros conocemos el rostro verdadero, lleno de ternura por nosotros, de un Padre, porque nosotros hemos conocido al Padre a través de Jesús. Sólo si esta relación última se vuelve cada vez más familiar, más verdadera, más estrecha, podremos afrontar cualquier circunstancia. En caso contrario, en cuanto el desafío de la vida supere nuestras capacidades de mantenernos en pie ante la realidad, estaremos acabados. Terminé leyendo dos textos de *Ciò che abbiamo di più caro* (desde la página 228) que me han impresionado mucho preparando los Ejercicios del CLU, para responder a las dos cuestiones fundamentales que han surgido en estos dos últimos capítulos y que me parecen muy indicativos del camino que nos propone don Giussani. Uno trata sobre la razón: «El problema de *El sentido religioso* es ayudarnos a comprender que el horizonte humano no se agota en lo que se ve y se toca. Esto supone un cierto ejercicio [es como si tuviésemos que entrenarnos]: es ejercitando la razón en función de la fe [para no quedarnos en la apariencia] –la fe como gracia que hace florecer la razón–, es ejercitando la propia vida racional [usando la propia razón adecuadamente] como, más o menos lentamente, el “como si Dios no existiese” [en el fondo, vivir la realidad concreta como si Dios no existiese] se convierte en el Dios que se ve, en el Dios que se siente, en el Dios que se vuelve amigo». Don Giussani nos está invitando a un ejercicio, a un trabajo, es decir, a usar la razón según toda su verdad, sin permanecer en lo que se ve y se toca (el positivismo), de forma que nosotros, justamente por este ejercicio de la razón, empecemos poco a poco a verle, a tocarle con la mano, a reconocerle en el modo de usar la razón, porque –como decía la penúltima intervención de esta noche– no podemos dejar de vivir la realidad más que como algo que remite más allá, que remite a este Tú. Imaginad si cada vez que nosotros nos bloqueamos, que nos ahogamos en las circunstancias, empezásemos –utilizando un verbo precioso– a blandir la razón. Pero pensamos que lo más interesante es hacer otra cosa, hacer todo menos esto... El segundo texto se refiere al tema de la fractura entre reconocimiento y afecto: «El nexo entre reconocimiento y afecto es la última trinchera de la batalla [¿entendéis, amigos?]. Que, con el tiempo, el reconocimiento de que Dios existe [que es lo que reconoce la razón] se haga estable, alcance una cierta estabilidad, es suficientemente fácil [si uno empieza a hacerlo, esto se da con el tiempo]. Lo más difícil es que, desde este Dios que existe [desde este reconocimiento], que casi se ve [si uno usa la razón, como decía antes, casi se ve y se toca], se pase al afecto a Él [esto es lo más difícil: todos podemos afirmar que Dios existe, pero que de ahí se llegue al afecto, es lo más difícil, es nuestra última trinchera]. Esta falta de afecto se ve superada por la madurez ulterior: el tiempo hace su trabajo si están bien planteadas las cosas, es decir, si uno sabe qué es la razón, si se deja asombrar, si se da cuenta de qué es la fe, por tanto, si se da cuenta del impacto que nos producen las cosas, de la invitación que encierra cada

cosa: todo es signo. Si uno se percata de esto, si empieza a divisar la gran presencia, entonces el tiempo que pasa nos la acerca, la vuelve casi una presencia continua, y hace que esta continua presencia sea cada vez más fácilmente objeto de nuestro afecto». Y cuando se convierte en objeto de afecto yo puedo entrar en cualquier circunstancia, como el niño con su madre. Pero para que esto suceda hay que estar dispuestos a hacer este trabajo, porque en caso contrario nunca se producirá en nuestra vida este afecto. Ahora podemos comprender mejor por qué don Giussani insistía tanto en esto: porque era perfectamente consciente de todo lo que estamos diciendo ahora del positivismo, es decir, que muchas veces nosotros utilizamos la razón de forma reducida (y por tanto nunca llegamos a superar esta fractura). Entonces, si queremos verdaderamente tener este punto de partida positivo ante todo, sea cual sea la circunstancia, don Giussani nos propone un camino verdaderamente sencillo, al alcance de cualquiera. Basta con tomárselo en serio, basta con que cada uno acepte ser educado en esto, y entonces empezará a percibir, en primer lugar para sí mismo, qué es la vida, qué novedad introduce en la vida aceptar la propuesta del carisma.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el **11 de enero** a las 21.30 horas.

Retomaremos el capítulo XIV de *El sentido religioso*: «La energía de la razón tiende a entrar en lo desconocido».

Preguntémonos esto, porque ya lo dijimos el pasado 26 de enero: solo si tenemos la experiencia que hemos descrito ahora, podremos vivir este capítulo, podremos ser verdaderamente religiosos, tal como lo describe el capítulo. Veamos qué sorprendemos en nosotros al leerlo.

Os señalo la publicación del libro *Spirto Gentil*, que contiene los textos de los cuadernillos de los 52 Cd's de la colección *Spirto Gentil*, fundada y dirigida por don Giussani.

Sabemos que para don Giussani la música era un camino privilegiado para la percepción de la belleza como resplandor de la verdad, capaz de suscitar y de mantener vivo el deseo de la "Belleza infinita". Él reconocía en la música la modalidad excepcional a través de la cual el Misterio habla al corazón del hombre; por eso utilizaba sistemáticamente la música como instrumento privilegiado para la educación.

Tener a nuestra disposición en un único libro todos sus comentarios (junto a los de los distintos críticos, musicólogos y compositores) en los distintos Cd's que hablan sobre los "grandes maestros" es un instrumento precioso. Por eso hemos querido que esté a disposición de todos.

Gloria

Os deseo a todos vosotros, y a los que están conectados con nosotros, una Feliz Navidad.